

**Celebración eucarística del XXXII Aniversario
de los Mártires de la UCA
13 de noviembre 2021
Preside el P. Andreu Oliva, rector de la UCA**

**Eucharistic Celebration on the XXXII anniversary of the UCA
Martyrs
November 13, 2021
Presided by Fr. Andreu Oliva, president of the UCA**

Palabras claves

martirio, palabra de Dios, seguimiento a Jesús.

Key words

Martyrdom, Word of God, Discipleship.

DOI: <https://doi.org/10.51378/eca.v76i767.6591>

Fecha de recepción: 20/1/22

Fecha de aceptación: 20/1/22



Resumen

Basados en los textos bíblicos que se leyeron en la celebración eucarística en ocasión del XXXII aniversario de los mártires de la UCA, la homilía subraya cómo la palabra de Dios mantiene su actualidad hoy como palabra viva que ayuda a discernir entre el bien y mal y es eficaz cuando se escucha y se vive desde las realidades históricas. Esta palabra despierta el deseo de servir al proyecto de Dios para la humanidad, servicio que puede desembocar en el martirio, como muestra de un amor y que se manifestó en la fidelidad de los mártires de la UCA a este proyecto. Se ofrecen reflexiones sobre las manifestaciones del verdadero amor que motiva a los mártires a brindar la vida por el bien de los demás, lo que contrasta con el amor fingido de otros que prefieren la mentira y el ocultamiento de la verdad. Los mártires guiaron su vida y actuar por los siguientes valores: la verdad, la compasión, la misericordia, la justicia, la defensa de los pobres, la libertad y la dignidad humana, la solidaridad y la construcción de un país donde todos nos pudiéramos llamar hermanos y hermanas, y vivir como tales.

Abstract

Based on the Scripture readings proclaimed during the Eucharistic celebration on the occasion of the 32nd anniversary of the UCA Martyrs, the homily underscores how the word of God maintains its relevance today as a word that is alive and that helps discern between good and evil, and that is efficacious when it is listened and lived from historical realities. This word awakens the desire to serve God's project for humanity, that may end in martyrdom, as a sign of a love manifested in the fidelity of the UCA Martyrs to this project. Some reflections are offered contrasting true love that motivates offering one's love for the wellness of the people, and a fake love of others that prefers lies y hiding the truth. The martyrs led their lives and their acts guided by the following principles: truth, compassion, mercy, justice, the defense of the poor, freedom and human dignity; solidarity and the building of a country where all can call themselves brothers and sisters and live as such.

Primera lectura: 1.ª Carta a los Corintios 13, 1-6

Aunque hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me falta el amor sería como bronce que resuena o campana que retiñe.

Aunque tuviera el don de profecía y descubriera todos los misterios —el saber más elevado—, aunque tuviera tanta fe como para trasladar montes, si me falta el amor nada soy.

Aunque repartiera todo lo que poseo e incluso sacrificara mi cuerpo, pero para recibir alabanzas y sin tener el amor, de nada me sirve.

El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo.

No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad.

Palabra de Dios

Salmo responsorial: Salmo 15

R/ Solo el de conducta intachable, el que practica la justicia, dice la verdad.

Señor, ¿quién entrará bajo tu tienda y habitará en tu montaña santa?

El que es irreprochable y actúa con justicia, el que dice la verdad de corazón y no forja calumnias;

El que no daña a su hermano, ni al prójimo molesta con agravios;

El que menosprecia al criminal, pero honra a los que temen al Señor;

El que no presta dinero a interés, ni acepta sobornos para perjudicar al inocente.

Lectura del santo Evangelio según San Juan 8, 31-41a. 42.

En aquel tiempo, Jesús decía a los judíos que habían creído en él: “Ustedes serán verdaderos discípulos míos si perseveran en mi palabra; entonces conocerán la verdad y la verdad los hará libres”.

Le respondieron: “Somos descendientes de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Por qué dices: ‘Ustedes serán libres’?”.

Jesús les contestó: “En verdad, en verdad les digo: el que vive en el pecado es esclavo del pecado. Pero el esclavo no se quedará en la casa para siempre; el hijo, en cambio, permanece para siempre. Por tanto, si el Hijo los hace libres, ustedes serán realmente libres.

Yo sé que ustedes son descendientes de Abrahán, pero mi palabra no tiene acogida entre ustedes, y por eso tratan de matarme. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, y ustedes hacen lo que han aprendido de su padre”.

Ellos le cortaron la palabra: “Nuestro padre es Abrahán”. Entonces Jesús les dijo: “Si ustedes fueran hijos de Abrahán, actuarían como Abrahán. Pero viene alguien que les dice la verdad, la verdad que he aprendido de Dios, y ustedes quieren matarme. Esta no es la manera de actuar de Abrahán. Si Dios fuera su Padre, ustedes me amarían a mí, porque yo he salido de Dios para venir aquí. No he venido por iniciativa propia, sino que Él mismo me ha enviado”.

Palabra del Señor

Homilía

“Solo en la confluencia de justicia y de verdad puede hablarse de plena libertad” (Ignacio Ellacuría)

Dice la Carta a los Hebreos que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4, 12) ¡Qué gran verdad! La palabra de Dios es viva porque es siempre actual, aun aquella que fue pronunciada hace dos mil años es una palabra que ilumina nuestra vida y nos ayuda a discernir el bien y el mal que hay en ella. Es una palabra eficaz, porque no nos engaña, nos lleva a descubrir la verdad, llega hasta el alma y descubre las intenciones del corazón de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

El evangelio de Juan pone en boca de Jesús que no hay mayor amor que dar la vida por los amigos (Juan 15,13). Y ello nos permite afirmar, en esta noche en la que recordamos a los mártires de El Salvador, que su vida y su muerte estuvo transida por el amor, por el deseo de servir, de ser fieles a su fe cristiana, al proyecto de Dios para la humanidad. Los mártires son aquellos hombres y mujeres que dieron la vida por amor a su pueblo, por amor a Dios y por amor al prójimo, y en ese dar la vida, mostraron cuán grande era su

amor. Según el evangelio, no se puede mostrar mayor amor que llegar hasta dar la vida por aquellos a los que se ama.

Sin duda que la multitud de mártires salvadoreños, el padre Rutilio Grande, Nelson, Manuel, fray Cosme Spessoto (que pronto serán beatificados), san Óscar Romero, Julia Elba y su hija Celina, y los seis compañeros jesuitas que fueron asesinados en este campus, habían mostrado con creces en su vida, en su trabajo, que lo que daba sentido a sus vidas era el amor, el compromiso con el evangelio, el servicio a su pueblo. Ellos hicieron carne el amor del que habló Jesús y que san Pablo descubrió como lo más valioso en la vida del ser humano. No hay nada más grande que el amor y es el amor el que nos hace ser plenamente humanos y plenamente cristianos. “Sin amor nada somos” (1.ª Carta a los Corintios 13, 2).

Esta lectura nos ayuda a saber distinguir cuándo se ama de verdad o cuándo se finge amar. El apóstol Pablo nos da los criterios para conocer el amor verdadero: “El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad” (1.ª Carta a los Corintios 13, 4-6).

¡Qué importante es revisar a la luz de estos criterios la verdadera intención del corazón de aquellos que dicen amar a su pueblo, para saber si es verdadero amor o un amor fingido o un falso amor! Hoy podemos preguntarnos, a la luz de estas palabras de la 1.ª Carta de Pablo a los Corintios, qué vemos en nuestros gobernantes: ¿vemos ese amor paciente y comprensivo? ¿Vemos un amor que se goza con la verdad? Lamentablemente, tenemos que afirmar, con tristeza y dolor, que lo que vemos es mucha apariencias, deseo de poder y de riquezas, auténtica vanagloria. Vemos que se prefiere la mentira y el ocultamiento a la verdad. Vemos acciones llenas de bajeza (difamaciones, falsas acusaciones, tergiversación y violación a la ley, condenas sin fundamento) con el fin de lograr intereses mezquinos. Vemos un afán para destruir a los que ya han calificado de enemigos, solamente porque les señalan su falsedad, sus corrupciones, sus injusticias, sus verdaderas intenciones y son una piedra de tropiezo para sus proyectos perversos. Vemos en nuestros gobernantes mucha ira, una total incapacidad de perdonar, un gran deseo de venganza, de dividir más y más a este pueblo, de llenarlo de odio, que es lo contrario al amor.

Los gobernantes de una nación pueden gobernar para buscar con sinceridad el bienestar de su pueblo, o para satisfacerse a sí mismos, enriquecerse a costa de su pueblo, seguir sus propios intereses y vanagloriarse de su poder. Es trágico que lo segundo es más común que lo primero, y así lo hemos constatado por siglos en El Salvador, y qué lamentable es que aquellos que prometieron gobernar bien y respetar la ley, y así engañaron a todo un pueblo para lograr su voto y alcanzar el poder, una vez en el poder, estén haciendo lo contrario de lo que prometieron. Y qué triste es que no solo están repitiendo lo mismo de siempre, sino que superen con creces la maldad de los gobiernos anteriores y sean más eficaces en sus deseos de someter a todo un pueblo bajo su yugo opresor. Ya lo avisó san Óscar Arnulfo Romero en su homilía del 6 de enero de 1980: “Yo creo que los que verdaderamente quieren gobernar al pueblo para un verdadero bien, tienen que contar con la

sincera participación del pueblo noble de El Salvador y no usar ese nombre solo como escalera para subir” (Romero, 1980). Una vez más se ha utilizado el nombre del pueblo para intereses mezquinos en lugar de gobernar para un verdadero bien.

Qué distintamente actuaron los mártires. El salmo 15, que hemos escuchado, define perfectamente la vida de los mártires: fueron irreprochables, actuaron con justicia y exigieron justicia para todos. En su corazón no había lugar para las calumnias, ni para dañar a nadie, ni para agraviar al prójimo, ni menospreciar al criminal (pues deseaban su conversión) y mucho menos se dejaron sobornar para perjudicar al inocente. Al contrario, defendieron con su vida al pobre, al inocente, se entregaron de lleno a la búsqueda de la justicia, la verdad y la paz, a la plena libertad.

Para los mártires, la verdad, la compasión, la misericordia, la justicia, la defensa de los pobres, de la libertad y la dignidad humana, la solidaridad y la construcción de un país donde todos nos pudiéramos llamar hermanos y vivir como tales, fueron las actitudes que guiaron sus vidas y su actuar. Por ello, los mártires han entrado en la morada santa de Dios y participan de su gloria eterna.

El evangelio de esta liturgia nos avisa cuál es el camino que debemos seguir nosotros si queremos ser discípulos de Jesús: “Ustedes serán verdaderos discípulos míos si perseveran en mi palabra; entonces conocerán la verdad y la verdad los hará libres” (Juan 8, 31). Perseverar en la palabra de Jesús es seguir sus enseñanzas, es realizar en nuestras vidas el proyecto de Dios para la humanidad, es trabajar, todos los días, para que se haga realidad que este mundo esté bajo el reinado de Dios y no bajo el imperio del mal, es hacer lo posible para que nuestra sociedad esté organizada y fundamentada en el amor, en la justicia, en la verdad. Amar desde la concepción cristiana es tomar como tarea prioritaria buscar el bien, el de nuestra familia y el de todos los demás, poniendo los ojos en lo que las personas necesitan para superar la pobreza, la marginalidad, la injusticia, la falta de libertad y de participación. Esta es una tarea eminentemente cristiana, como nos lo enseñó Jesús en su descripción del juicio final: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicieron” (Mateo 25, 40). Amar es optar por el bien y rechazar el mal, cualquier mal, todo tipo de mal.

Que no nos pase a nosotros como a aquellos judíos que habían decidido seguir a Jesús, que habían aceptado su liderazgo, qué habían creído en Él, pero todavía no se habían dado cuenta de lo que eso significaba. Habían hecho una opción por Jesús, pero no habían reconocido que eran esclavos del pecado y que necesitaban ser liberados de esa esclavitud. Pensaban que por ser hijos de Abraham ya eran libres. Jesús les recuerda que para alcanzar la verdadera libertad se requiere un cambio de mentalidad, un cambio de corazón, un cambio de mirada, es dejarse agarrar por el Espíritu de Jesús y abrirse al amor de Dios, dejarse amar por Dios para que podamos nosotros prodigar amor, un amor que se manifieste más en obras que en palabras — nos dirá San Ignacio—, un amor que nos transforma y nos empuja a amar a Dios y al prójimo. A un amor eficaz, un amor como el de los mártires,

hasta dar la vida. Un amor que se hace tarea y que, en palabras de Ignacio Ellacuría, nos impulsa a trabajar para construir una sociedad:

[...] en el cual todos los hombres, no solo unos pocos, puedan disfrutar de las condiciones mejores para ser más personas, más felices, más humanos, para que todas las personas vivan dignamente como hijos del mismo Padre y hermanos entre sí; para que el mundo quede estructurado no desde la fuerza y el poder del pecado, sino desde la fuerza y poder del amor divino y de la gracia, para que sea posible la plena libertad de todos, por un proceso de liberación de la concupiscencia, de la ley, del pecado y de la muerte, para que el mundo y la sociedad en vez de ser un lugar inhóspito donde predomina el egoísmo, el hombre sea un lobo para el hombre, se idolatren y absoluticen valores relativos, llegue a ser una nueva ciudad en la que cohabiten, sin dañarse, el león y el lobo con las ovejas, en donde las armas se conviertan en arados, en donde los pobres y los débiles sean los más favorecidos, en donde se busque el camino de la felicidad, más por el dar que por el recibir, en donde predomine el espíritu de las bienaventuranzas y de todo el sermón de la montaña (Ellacuría, 1988)¹.

Cuando lo logremos, entonces, podremos decir que somos plenamente libres, porque la justicia y la verdad unidas son las que conducen a la verdadera libertad. Que así sea.

1 "La inspiración cristiana de la UCA en la docencia", Ignacio Ellacuría (1988). <https://www.uca.edu.sv/centro-documentacion-virtual/wp-content/uploads/2015/03/C27-c22-.pdf>